|  |
| --- |
| **Mi relación con la lectura: por Gustavo Rodríguez, escritor y director de agencia creativa; Modesto Montoya, físico nuclear; Juan Acevedo, historietista; Roberto Lerner, psicólogo; y Gabriel Lerner, administrador de empresas. Y una sorpresa desde Nueva Zelanda.** |
|  |
|  |
|  |
|  |
| 03 / 2007 |
| **Desde los molinos de viento hasta los reactores nucleares Modesto Montoya**  Desde niño, a mi padre siempre lo veía leyendo, y a mi madre escribiendo. A los ocho años, desde Chimbote, regresé con mi madre a mi pueblo natal, Salpo (un distrito de La Libertad, a 3660 metros sobre el nivel del mar), donde terminé los tres últimos años de la primaria. El bello paisaje que rodea a Salpo me encantó –aunque nunca me acostumbré al frío y a la sequedad del ambiente- y prefería pasear por sus parajes que leer las tareas de la Escuela. Vivíamos en casa de mi abuelo materno, un agricultor disciplinado y severo. En una de mis escapadas conocí la abandonada casa del abuelo paterno. Ahí me enteré que mi padre había dejado su taller de ebanistería como si hubiera salido a pasear para volver enseguida. Había cepillos, formones, martillos, clavos, guitarras a medio hacer… y libros.  Fue una sorpresa que en un taller de ebanistería se encontrara libros, aunque cubiertos por aserrín durante un quinquenio. El libro que me llamó la atención fue uno con el título de “El Quijote de la Mancha”, sobre todo porque en algunas páginas tenía dibujos que representaban las aventuras de la mítica pareja de El Quijote y Sancho. El día que descubrí ese taller tuve la convicción de que mi padre no había adquirido el gusto por la lectura en Chimbote, sino en esos bellos aunque fríos paisajes salpinos.  El taller de mi padre se convirtió en mi escondite preferido, más aún cuando me enteré que allí había nacido, y que en esa casa allí casi perdí la vida, cuando la cocina se vino abajo por acción de una lluvia torrencial (las casas son de tapia de barro). Mi madre y yo nos salvamos porque alertados por un tío y salimos a tiempo.  Ese lugar de lectura me generaba raros sentimientos, me hacía sentir diferente a cuando estaba fuera: corriendo, jugando, cazando palomas, o pastando ovejas con mis primos y amigos. A decir verdad, la escuela no me atraía tanto como ese lugar que reemplazaba la ausencia de mi padre a quien tanto admiraba y admiro. Me sentía orgulloso cuando andaba tomado de su mano. Allí comenzó mi gusto por la lectura, aunque no siempre con los libros escolares.   De regreso a Chimbote ingresé al Instituto Industrial No 36. Tampoco me acuerdo de los libros del Colegio. Lo que no olvido son mis lecturas de la revista sobre “vidas ejemplares” que alquilaba para leer en el Mercado Modelo, sobre todo la de Francisco Javier y su viaje a Japón. Leyéndole me llamó la atención el choque de dos culturas con valores tan diferentes, más que la acción evangelizadora de Francisco Javier.  Como futuro técnico electricista tuve el privilegio de hacer prácticas en Sogesa –hoy Sider Perú-, donde se me asignó la tarea de construir un transformador con entrada de 220 voltios y salidas de 3, 6, 9, 12 y 24 voltios.  - ¿Cómo?, pregunté al Jefe del Taller Eléctrico. - Lee este libro sobre transformadores- me dio por toda respuesta. En esta oportunidad, el libro me brindó información muy interesante sobre los campos electromagnéticos y sus aplicaciones a las técnicas eléctricas. Tuve que diseñar el núcleo, calcular el número de espiras, usar el barniz aislante, meterlo al horno secador, construir su chasis, pintarlo “al duco” y hacerle un acabado como Dios manda. Aquí descubrí que los libros tienen mucha información que puede tener utilidad práctica.  Desde entonces mis lecturas han sido más en ese sentido, más hacia la comprensión del universo y los fenómenos físicos y químicos que se producen en todo lado, incluso en los orígenes de la vida. Pero sobre todo libros sobre aplicaciones de los reactores nucleares. Tenemos uno en el Perú.  Poco leía novelas. En ese sentido recuerdo una anécdota. Scarlett Ophelan, en Jülich, me entregó un paquete de revistas para llevar a París. Como buen cartero sólo me fijé en la dirección, en rue Vanves. Llegué al sitio, timbré. Salió un flaco, tan flaco que su bata parecía envolverlo tres veces. Pero sobre todo desconfiado.  - ¡Un minuto!...  luego abrió medio intrigado por mi presencia.  - Sólo vengo a dejarle este paquete.  Miré el nombre: Julio Ramón Ribeyro.  - Su nombre me parece conocido ¿Es usted periodista?  - Soy escritor.  - ¿Y usted?  - Me dedico a la física nuclear.  - ¿Usted no lee literatura peruana?  - Poco… - Pero los científicos también leen literatura, algunos hacen literatura.  - ¿Por ejemplo?  - Bertrand Russell.  - ¡Ah pero eso es diferente! ¿Usted ha leído “La Pesadilla del Cura”? - No… ¿de quién? - De Bertrand Russell…  Creo que no le gustó la broma. Ya en Lima, en su apoteósica presentación en la Municipalidad de Miraflores, luego de una larga ausencia, durante el cóctel, me reconoció. - Usted tiene una buena memoria don Julio Ramón. - ¡Cómo voy a olvidar del único peruano que no iba a pedirme alguna recomendación o algo parecido! ¡Ni siquiera me conocía! Me enteré que al pobre Julio Ramón Ribeyro lo perseguían hasta en los cafés para pedirle alguna recomendación para becas o trabajos en París.  Entre mis hijos, el más pegado a la lectura es David: pegado a su computadora, donde consume abundante información y se comunica con medio mundo. Han cambiado los tiempos, aunque creo que el gusto es el mismo. Precisamente esta nota va ser leída en una “compu”.   **Comenzó como una tortura Gabriel Lerner**  Hace unas semanas me preparaba para tomar mis primeras dos largas semanas de vacaciones en más de seis años de trabajo en diversas empresas. Decidí que los primeros siete días los iba a pasar solo en la playa, por lo que decidí llevar conmigo algunos “objetos” que me ayuden en los ratos de aburrimiento.   Horas después, cuando estaba parado frente a los estantes de una conocida librería de la capital, me sorprendí muchísimo, ¡Yo buscando libros para que me acompañen en mis vacaciones!. Después de salir caminando de la mencionada tienda con tres ejemplares en la bolsa, me vinieron a la mente muchos nombres, títulos de novelas y los de sus autores, : Zimbad el marino, The Hobbit, La historia sin fin, Julio Verne, Emilio Salgari, entre otros. Traté de recordar cómo y cuándo los había leído. No fue en el colegio por orden de algún profesor, ni por un hobby mío, fue mi papá, un apasionado de la lectura el que, como parte de mi “educación” juvenil, me impuso desde muy pequeño leer un capitulo semanal, para, luego, camino al colegio, examinar mis conocimientos. Quiero comentar que mientras él disfrutaba cada una de las preguntas que me hacía sobre cada una de las leguas del viaje submarino de Verne, yo más bien pensaba cuántos goles iba a hacer en el entrenamiento de fútbol después de clases. Ojo, estas líneas no son una queja sobre el abuso de mi progenitor, sino más bien una reflexión sobre lo ganado con esta experiencia.  Puedo confesarles que para un hiperactivo, estar sentado más de cinco minutos era una odisea: por suerte ese libro no me lo hizo leer. Años después me tope con la universidad y los libros que los profesores dejaban como tema para los exámenes, pero siempre conseguía resúmenes.   Hasta que un día, en un viaje de trabajo, solo en el extranjero, decidí leer un libro, una novela basada en la administración de operaciones, La Meta, la misma que leí en dos días y es ahí donde me di cuenta que me gusta leer, sin presiones, pero me gusta, lo disfruto. No soy un apasionado devorador de libros, pero me gusta y es así como puedo decir que leer me ha ayudado mucho a saber hablar y escribir, algo muy importante para el desarrollo personal. Aunque interrogado por mi padre sobre cada capitulo no la pasé muy bien que digamos, hoy se lo agradezco infinitamente.  **Una chica y mi padre Gustavo Rodríguez**  Son dos los hechos más importantes que han marcado mi infancia y, a la larga, mi vida. Hubo un tiempo, a mis cinco años, en que viví en la casa de mi abuela paterna.   La fortuna quiso que, en las noches de esos meses, una empleada adolescente que vivía con ella me leyera cuentos de autores universales. Aquellas veladas antes de dormir con los personajes de Las mil y una noches, de los hermanos Grimm y de Oscar Wilde perduran hasta ahora en mí, porque encendieron mis ganas de saber más historias y me hicieron mirar con aprecio aquellos seres empastados que cobraban vida apenas uno ponía sus ojos en sus páginas.  Meses después una ocurrencia singular de mi padre se sumó a este descubrimiento: nos llevó a vivir a mi madre y a mi hermano a un depósito mayorista de Trujillo que no tenía ventanas a la calle, tan solo una puerta enrollable de metal. El vecindario era inhóspito y era poco saludable que un niño de siete años lo pisara salvo para salir al colegio. Fue entonces cuando hallé unas ventanas inesperadas en los libros que mi padre me compró.   Gracias a ellos pude volar lejos de ese terrible vecindario de la mano de Julio Verne, Charles Perrault e incluso Ricardo Palma. Las consecuencias me acompañan hasta hoy: no hay forma de que yo me haya convertido en quien soy, de no haber descubierto la lectura. Lo que me temo es que la mayoría de las veces la gente no se da cuenta de la importancia que encierra lo que acabo de decir. Al leer, podemos dialogar con las mentes más grandes de la historia universal sin necesidad de un espiritista. Podemos conocer lugares y épocas sin movernos de lugar. Y, quizá lo más importante: podemos llenarnos de combustible para ese motor de riquezas que llamamos creatividad.  Hoy, los personajes más importantes de mi historia personal con los libros ya no están conmigo. La chica que me leyó en mi infancia se convirtió en una señora que murió de cáncer. Y mi padre murió hace poco de una dolencia parecida. Lloré mucho por ellos.  Y, en su nombre, repito con mis tres hijas lo que ellos hicieron por mí: les leo libros con cariño. Les compro libros con esperanza.  **Entre historietas e historias Juan Acevedo**  I.  Sobre mis inicios, hay dos momentos. El primero es la iniciación en sentido estricto, me enseñó a leer mi papá y así ahorramos tiempo, no pasé por Transición. Tras este aprendizaje, leía en voz alta las noticias del periódico y mi papá me corregía las pausas que debía hacer según hubiese una coma, un punto y seguido o aparte. Hablando de aparte, con ese conocimiento a los seis años, me metía al cuarto de la empleada (mientras ella cocinaba, claro) para que nadie me encontrase, y allí pasaba horas maravillosas leyendo historietas del Conejo Bugs, El Llanero Solitario, La Pequeña Lulú, Red Ryder, La Zorra y el Cuervo… Esos chistes, como se les llamaba, me gustaban por sus historias con dibujos, qué manera de unirse esos dos lenguajes y de mostrar mundos… Me encantaba meter la nariz en las páginas de las revistas cuando eran nuevas, antes de leerlas, cuánta aventura prometían.  El segundo momento es mi iniciación en las lecturas de libro de texto, algo tardío, a los doce años. La G.U.E. “Mariano Melgar” tenía una formidable biblioteca. No hablo de su colección de libros, que tal vez también fuese buena, sino de su espacio, amplio, limpio y silencioso. Un amigo me llevó allí para que viese su descubrimiento: un libro de “Miguel Strogoff”, de Julio Verne, con páginas de texto intercaladas con otras de historietas. Pero la demanda de ese libro era tanta que siempre que lo pedía estaba ya en uso, de modo que el bibliotecario me recomendó un ejemplar de “Las aventuras de Huckleberry Finn”, de Mark Twain. Seguí con “Las aventuras de Tom Sawyer” y recuerdo que más que ser uno de los personajes yo quería ser como Mark Twain, me sentía muy agradecido con él por inventar y contar con tanta vida estas historias.  A la biblioteca escolar continuó la Biblioteca Nacional y la del Instituto Riva Agüero; a los libros literarios, los de historia y filosofía. El silencio en las bibliotecas me recordaba el de algunos templos, la lectura se me aparecía como algo íntimo y sagrado, fuese sobre el tema que fuese. Mis rituales son ahora más modestos, hace tiempo que no voy a una biblioteca y más leo en mi casa y en los lugares que debo esperar largo rato. Gracias a la vida, cantó Violeta Parra, entre otros dones al poder ver y al abecedario.   II.  Los libros eran parte fundamental del paisaje en la casa. Mis hijos crecieron entre ellos. Uno de los primeros juguetes de Juan Francisco, cuando aún no caminaba, era uno de esos libros de plástico, prácticamente irrompibles. Me alegraba ver cómo se familiarizaba con el objeto, pasando con sus manitas de una página a otra. Cuando cumplió un año, llegó su padrino, el pintor Gonzalo Pflucker, con un obsequio enorme: Un libro sobre mitos y leyendas, de las cuales casi el 70% eran de Grecia. Algunos adultos se rieron: “¡A quién se le ocurre regalarle un libro de Grecia a un niño que cumple un año!” No entendían que el regalo estaba lleno de sentido, que ese libro sería el primero que leería después Juan Francisco y que lo estrenó como un lector extraordinario. Recuerdo que algunos años después, Constantino Carvalho lo presentó así, en una actuación escolar en “Los Reyes Rojos”, diciendo que en el caso de Juan Francisco el estímulo había de venir de la casa. La verdad, yo no había tenido ninguna estrategia, me parece que mi hijo fue solo hacia los libros. A él no se le dio por hacer historietas, aunque le gustaban, cuanto por leer libros sobre nuestro pasado y sobre otras naciones y culturas. Por todo lo que me contaba de sus lecturas, pensé que él sería historiador, pero con el tiempo fue hacia la sociología, en que se siente tan a gusto como yo en la historieta. Lee mucho, más que yo, literatura, historia, sociología, derecho… y cosas de las que poco entiendo: estadísticas. Es el tema de las vocaciones, cada persona tiene un alma propia y juntos vamos resolviendo el rompecabezas.  Gabriel era desde niño más payaso y aparentemente menos dado a la lectura. Pero yo escuchaba sus carcajadas, encerrado en su cuarto con las historietas de Carlos Giménez y Robert Crumb. Por supuesto también leía, como otros niños de su generación, Condorito, Ásterix y Tin Tin. Lo de Crumb, otro padre tal vez se lo hubiese ocultado, no era para niños, pero me limité a ponerlo en la parte más alta. A los nueve años, él hacía historietas que respondían a las mías, así creó “La Rata Calata” (frente al Cuy). En la adolescencia es cuando se volcó a los libros de literatura contemporánea y en su habitación los estantes comenzaron a llenarse de autores latinoamericanos y de habla inglesa, así como de discos y casetes. A los tres nos unían los Beatles, Rolling Stones, Animals y Pink Floyd, así como Silvio Rodríguez y Pablo Milanés, el Zambo Cavero y vamos Pepe Vásquez. Pero ellos se fueron especializando en músicos y autores de los que yo algo sabía pero no seguía. Por mis hijos entré a Queen. Gabriel era fanático de Bob Dylan y, un tiempo, de Joaquín Sabina, al que dejó después para radicalizarse en su búsqueda de gente como Mickey Rourke y otros marginales de la cultura norteamericana. Gabriel estaba buscando entre libros de literatura, pintura, fotografía, y cine y música, que acompañaron sus años en Letras y en Artes, en la Católica. Lo suyo no era sólo la pintura, sino algo más interdisciplinario. Actualmente vive en Berlín, entregado de lleno a su vocación entre la pintura y las secuencias animadas en la computadora.   Nos unieron y nos unen los libros, la música, el cine. Con Juan Francisco converso más, porque está en Lima, y con Gabriel, cuando nos regalamos algo, tiene que ver con esos medios. Antes ellos leían de mis libros, ahora yo le saco partido a sus lecturas y opiniones.  **Respeto y aliento Roberto Lerner**  Permítanme, en esta entrega dedicada, justamente en la semana de educared, a la lectura, una reflexión personal. Me encantan los libros. En realidad, la mayor parte de mi vida me la paso entre sus hojas, y pocas cosas me dan tanto placer como perderme en los mundos imaginarios o en las teorías que otras personas han elaborado. También me gusta escribir. Buena parte de mi tiempo transcurre frente a la computadora, una amiga de 20 años, redactando informes, artículos y otros textos, como éste. Soy, en ese sentido, un ser verbal.   Cuando nació mi hijo, a quien he pedido un testimonio sobre su lado del mostrador, comprensiblemente, me hice muchas ilusiones acerca de su futura relación con los libros y la literatura. Le contaba cuentos cuidando de modular bien las palabras, utilizando sinónimos variados –había que pensar en la futura riqueza lingüística, vaya, siguiendo todo lo que nos enseñan en la entrevista y la columna del invitado- y promoviendo su dramatización. Cuando entró al colegio, busqué despertar su curiosidad por lo impreso y hasta acelerar su aprendizaje de la lectura, hecho que no ocurrió, porque siempre estaba moviéndose y no parecía de naturaleza especialmente contemplativa. Terminó por aprender y yo tuve que controlar mi impaciencia que, dicho sea de paso, probablemente él había heredado, razón por la cual se demoró más de lo que yo hubiera deseado.  Entonces, lo esperé con un ejército de libros. Me uní a Jack London, Emilio Salgari, Michael Ende, Alejandro Dumas, Arthur Conan Doyle y muchos otros para emboscarlo en su cuarto, y le tendí trampas con los tres mosqueteros, la guerra de los botones, Tarzán, y mi planta de naranja-lima. Pero no caía. Siempre lograba evadirse y nos dejaba, a mí y a mis cómplices, un paso atrás. Es que siempre fue muy ágil. En realidad, manejaba su cuerpo con gran habilidad y siempre prefirió correr tras unos objetos esféricos llamados pelotas que lograba controlar a su antojo y que le llamaban más la atención que los libros.   Me descorazoné y sentí una decepción intensa durante un tiempo al no encontrar mis gustos y pasiones en los de mi hijo. Algunos padres, en esas circunstancias, pueden caer en un peligroso círculo vicioso y comenzar a contrariar o desmerecer aquellas motivaciones de sus hijos que no calzan en sus expectativas. Aunque comprensible de alguna manera, es algo peligroso, porque los chicos pueden llegar a la conclusión de que la única manera de estar presentes en la mente de sus padres es a través de una permanente batalla en la que se oponen a lo que éstos esperan de ellos. Es la de nunca acabar y, sobre todo, una forma poco sana de relacionarse.  Felizmente pude sobreponerme a lo que era una posición egocéntrica y egoísta. Desde ese momento nunca dejé de asistir a un partido de fútbol del equipo en que mi hijo jugaba. Desde las tribunas lo alenté y aprendí a respetar su notable habilidad, pero sobre todo el sentido de disciplina, compromiso, constancia, camaradería, valentía y deseo de superación que su participación en el deporte iba definiendo en él y sus compañeros. Aprendí a valorar las intensas relaciones –algunas de las cuales, no puedo negarlo, me produjeron más de una vez celos–, que fue anudando con sus camaradas de equipo y con figuras de autoridad, como entrenadores y dirigentes, que le dieron ejemplos en muchos sentidos. Y, finalmente, viví las victorias, las derrotas y los diferentes momentos, tristes y alegres, de una historia tanto o más interesante que cualquier buena novela.   Alentar las capacidades de nuestros hijos y respetar sus particularidades es algo que no tiene precio. Es una experiencia que beneficia a todos, porque enseña la tolerancia de las diferencias que no solamente debe existir entre las distintas razas, ideologías y grupos políticos, sino también entre los que son de una misma sangre. Ah, debo terminar diciendo que mi hijo, aunque no con la misma pasión e intensidad con que mete goles, finalmente encontró, como él mismo lo atestigua en esta sección, algunos beneficios en la lectura.   **Un mensaje para tomar en cuenta**  IBBY promueve desde 1965 la celebración del Día Internacional del Libro Infantil (2 de abril), para homenajear y conmemorar el día del nacimiento de Hans Christian Andersen. Con tal motivo, cada año una sección del IBBY elabora un cartel y un mensaje. Así, en el 2004 le correspondió dicha labor a la sección griega, que seleccionó para la creación del mensaje a la escritora Angeliki Varella y para el cartel al ilustrador Nicholas Andrikopoulos. Para el 2007, la sección de Nueva Zelanda distribuye el cartel de Zak Waipara y el mensaje de Margaret Mahy. Ella nos dice:  Nunca olvidé cómo aprendí a leer. Cuando era niña, las palabras correteaban frente a mis ojos, como pequeños escarabajos escurridizos. Pero yo era más inteligente que ellas. Aprendí a reconocerlas sin importar su veloz carrera. Por fin, por fin pude abrir libros y entender lo que estaba escrito. Fui capaz de leer cuentos y chistes y poemas yo sola.  Por supuesto hubo sorpresas. La lectura me dio poder sobre los cuentos y de alguna manera también les dio a los cuentos poder sobre mí. Nunca he podido escapar de ellos. Eso hace parte del misterio de la Lectura.  Uno abre el libro, acoge las palabras y la historia, si es buena, explota en nuestro interior. Aquellos escarabajos que corren en línea recta de un lado al otro de la página en blanco, se convierten primero en palabras y luego en imágenes y sucesos mágicos. Aunque ciertas historias parecieran no tener nada que ver con la vida real, aunque se transformen en sorpresas de todo tipo y estiren sus posibilidades de un lado al otro como una goma elástica, el final de los cuentos que son buenos nos devuelve a nosotros mismos.  Están hechos de palabras y todos los seres humanos queremos tener aventuras con las palabras. Casi todos empezamos como oyentes. Cuando somos bebes nuestras madres y nuestros padres juegan con nosotros, nos recitan rimas, nos tocan los dedos de los pies (este dedito compró un huevito) o aplauden con nosotros (palmas, palmitas) Los juegos con palabras resuenan en voz alta y como niños, los escuchamos y reímos con ellos.  Luego aprendemos a leer la tinta negra sobre la hoja blanca e inclusive cuando leemos en silencio, una cierta voz está presente. ¿De quién es esa voz?. Puede ser tu propia voz, la voz del lector. Pero es más que eso. Es la voz de la historia hablando desde el interior del lector. |
|  |